

Metodología de la investigación

Cómo hacerse antropólogo en la Ciudad de México. Autoanálisis de un proyecto de trabajo de campo*

ANGELA GIGLIA**

El artículo reflexiona críticamente sobre una experiencia de enseñanza de la investigación empírica de campo con estudiantes de antropología social en la Ciudad de México, a partir de la adopción de una postura teórico metodológica reflexiva, que se propone objetivar de manera sistemática tanto el papel que juega el sujeto en la producción del conocimiento como las condiciones objetivas de producción del saber antropológico. Mediante el relato minucioso de los diferentes aspectos del proyecto, se resaltan la importancia del aprendizaje mediante la práctica (y no sólo mediante la teoría) para la adquisición de un habitus de investigación antropológico; y la importancia de tomar en cuenta las condiciones específicas de producción de la investigación, en particular aquellas que se refieren al contexto contemporáneo de una megaciudad como la de México.

Palabras clave: reflexividad, antropología urbana, habitus, trabajo de campo.

El trabajo de campo desde una perspectiva reflexiva

En este ensayo me propongo reflexionar en torno a una experiencia de formación a la investigación empírica de campo con un grupo de estudiantes de la licenciatura en Antropología Social de la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Iztapalapa.¹ A partir de una experiencia de enseñanza de la investigación, intento plantear, y empezar a responder, una serie de interrogantes cuya relevancia para la antropología actual

me parece indiscutible, ya que tienen que ver con el propio *modus operandi* del antropólogo y sus múltiples condicionantes.

Quisiera hacer explícitas las razones que me llevan a abordar esta problemática. En primer lugar, considero que la reflexión sobre cómo hacemos investigación y cómo la enseñamos es fundamental en un momento en el que la universidad pública se encuentra fuertemente cuestionada en cuanto a su eficacia y su razón de ser. La posibilidad de hacer investigación se vincula cada vez más a la formación de recursos humanos y,

* Artículo recibido el 13/11/03 y aceptado el 11/12/03.

** Profesora investigadora del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. San Rafael Atlixco núm. 186, col. Vicentina, 09340, México, D. F. Correo electrónico: ag@xanum.uam.mx

¹ En la versión preparada para ser sometida a dictamen se ocultaron los datos sobre la carrera y la universidad, ya que hubieran hecho fácilmente reconocible a la autora de estas páginas. Los estudiantes que participaron en el proyecto fueron Martha Érika Cardoso Álvarez, María del Rocío Echeverría González, Guillermo González Hernández, Edgar Antonio Gutiérrez Salgado, Alejandra Lara Juárez, Manuel Loria Caballero, Armando Ramírez del Pino, María del Carmen Rodríguez Sánchez, Hugo Soto Escutia, Carlos Oliver Valencia Villafañe. A ellos hay que añadir Bruno Sabatier, doctorante en Geografía de la Universidad de Toulouse, quien se acercó a nuestro grupo para trabajar sobre un tema de tesis muy cercano a los nuestros. A todos les agradezco su confianza y su deseo de aprender a lo largo del camino que compartimos.

por lo tanto, a una forma de productividad de la enseñanza que se mide estrictamente con base en la “eficiencia terminal”. Dadas estas condiciones, es indispensable comenzar a pensar en *cómo* enseñamos nuestro oficio y cuáles son las dificultades que encontramos en la formación de jóvenes antropólogos.²

En segundo lugar, considero que existe una vinculación muy estrecha entre los contenidos del conocimiento, las modalidades de su transmisión y sus condiciones de producción. Estas últimas incluyen desde la estructura de los planes y programas de estudios hasta los recursos didácticos y la formación y condición sociocultural de los estudiantes, y de los maestros; y lo mismo vale para la enseñanza de la investigación antropológica. Los contenidos de la investigación, las modalidades de realización de la misma y las formas de transmisión del saber sobre la práctica etnográfica se encuentran estrictamente vinculados unos con otros y no pueden considerarse de forma separada. En las páginas que siguen intento justamente explicitar por lo menos algunos de tales vínculos a partir de una experiencia concreta de investigación.

Finalmente, pero no menos importante, esta reflexión sobre la práctica de la investigación etnográfica parte de considerar el auge de los llamados métodos cualitativos en los últimos treinta años. En este periodo, el trabajo de campo se ha vuelto una herramienta indispensable para todas las disciplinas humanísticas y también para otras, que no lo son tanto. No solamente los sociólogos, sino los psicólogos, los politólogos, los pedagogos, los lingüistas, los comunicólogos, los geógrafos, los arquitectos, los juristas y los biólogos, suelen hacer trabajo de campo como una rutina normal en su forma de producción del conocimiento. Paralelamente hemos asistido a una proliferación de manuales o de libros colectivos encaminados a presentar los diferentes enfoques cualitativos hoy disponibles (Tarrés, 2001; Velasco y Díaz de Rada, 1997; Hammersley y Atkinson, 1994). El desarrollo en este campo ha llegado a grados muy altos de sofisticación. Basta decir que ya no es tan fácil distinguir entre métodos cualitativos y cuantitativos. Si nos preguntamos por qué el trabajo de campo se ha vuelto tan importante, la respuesta se encuentra en la prolongada crisis de representación de las ciencias, a partir del cuestionamiento y agotamiento de los llamados paradigmas fuertes. Frente a la insu-

ficiencia de las explicaciones teóricas generales, se imponen miradas que buscan explorar la realidad con ojos renovados, esforzándose por acercarse a la comprensión de lo que comúnmente se denomina *el punto de vista del actor*.

Frente a este escenario, los antropólogos no podemos dejar de pensar reflexivamente en cómo hacemos trabajo de campo, puesto que somos los descendientes más directos de quienes inventaron este método,³ como una forma específica de conocimiento, basada en la inserción paulatina del investigador en el mundo social a estudiar y en la construcción de una relación con sus interlocutores que le permita aprender una determinada cultura “desde adentro”. Uno de los rasgos que distinguen a la antropología de las otras ciencias sociales es el haber hecho de la investigación etnográfica un requisito casi imprescindible de la formación disciplinaria, casi un rito de paso, para poder considerarse antropólogo. Si es cierto que “el trabajo de campo antropológico difiere en su conceptualización y, en esencia, también en la práctica de otras clases de investigación de campo, debido a su epistemología, su historia, y su práctica de socialización” (Jackson, 2000: 516-518), vale la pena empezar a preguntarse cuáles son sus características específicas, en una fase en la que el uso no siempre correcto de este recurso puede llevar a denominar con la misma etiqueta de *trabajo de campo* o de *etnografía*, a experiencias muy disímiles las unas de las otras.

El haber practicado desde siempre el trabajo de campo es probablemente una de las razones que han contribuido a colocar a la antropología en una posición muy particular –algo desfasada– en el reciente debate metodológico de las ciencias sociales. Mientras otras disciplinas se abocaban a una utilización cada vez más amplia e intensa de los métodos cualitativos, en el afán de llegar a comprender el punto de vista del actor, la antropología –disciplina por definición destinada a comprender ese punto de vista– se veía sacudida por la discusión inaugurada por el movimiento posmoderno estadounidense, cuyos exponentes proponían repensar radicalmente su *modus operandi* preguntándose sobre la legitimidad de su propia mirada y la validez de sus procedimientos de producción del saber. Como es conocido, la reflexión de los posmodernos ha llegado a cuestionar radicalmente la “autoridad et-

² Basta recordar que un requisito indispensable de todos los proyectos de investigación financiados por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología es formar jóvenes investigadores que comprueben su nivel de maduración y el éxito de su proceso educativo saliendo titulados de la universidad que los formó.

³ Me refiero a Boas, el primero en reconocer la importancia de recoger materiales de primera mano, y obviamente a Malinowski, a quien debemos la experiencia prototípica del trabajo de campo llevado a cabo mediante la observación participante.

nográfica”⁴ y a proponer formas de escritura y de autoría múltiples, en las que el antropólogo ya no detenta la última palabra sobre “qué pasó allí” y qué hace o qué piensa el grupo X. En suma, mientras las otras ciencias sociales se acercaban de forma cada vez más sistemática al punto de vista del actor, la antropología posmoderna llegaba a proclamarse incapaz o hasta indigna de llevar a cabo semejante operación cognoscitiva.⁵ Sin embargo, en las últimas décadas, la reflexión sobre la epistemología de la práctica etnográfica y la legitimidad de la mirada antropológica en el mundo contemporáneo no se limita a las operaciones típicamente posmodernas de *deconstrucción* de conceptos. Considero que la postura reflexiva (Bourdieu y Wacquant, 1995), entendida como una atención metódica hacia el papel que juega el sujeto en la producción del conocimiento y hacia las condiciones de producción del saber antropológico, permite renovar nuestro *modus operandi*, manteniendo el trabajo de campo como una experiencia central para la antropología del mundo contemporáneo.

En las páginas que siguen expondré los conceptos en los cuales se fundamentó la experiencia de investigación que voy a relatar. Se trata por una parte del concepto de *oficio* en cuanto *habitus*, propuesto por Pierre Bourdieu en el marco de su reflexión en torno a la “ciencia de la ciencia”. Y por la otra, del análisis llevado a cabo por Gérard Althabe acerca de las condiciones de producción del saber antropológico en el contexto de las sociedades occidentales contemporáneas,⁶ una perspectiva que, por brevedad, llamaré *antropología de lo contemporáneo*. El autoanálisis de la experiencia de enseñanza e investigación que relataré parte de reconocer:

- la importancia del aprendizaje mediante la práctica como una herramienta clave para la constitución de un *habitus* antropológico; y
- la importancia de tomar en cuenta las condiciones específicas de producción de la investigación, en particular en lo referente al contexto contemporáneo de una megaciudad como la de México.⁷

El quehacer del antropólogo como *habitus*

Parto de asumir, con Bourdieu, que el trabajo de investigación –como todo trabajo científico– es un *habitus*, una subjetividad socializada, es decir un conjunto de disposiciones vinculadas a la posición ocupada por el sujeto en un determinado campo social. Estas disposiciones, fuertemente interiorizadas, se vuelven automáticas, en el sentido de que el sujeto no es consciente de ellas, a menos que realice un acto explícito (reflexivo) de objetivación. Si se asume que el oficio del antropólogo es un *habitus* adquirido con la práctica (y no sólo mediante la transmisión oral o la lectura), entonces cualquier pretensión de enseñar “cómo se hace” la investigación antropológica debe tomar en cuenta el peso de todo aquello que del oficio queda implícito (en cuanto incorporado en la práctica), y que no puede ser dicho sino al precio de un esfuerzo consciente de objetivación, posible únicamente a partir de adoptar una postura reflexiva. Por eso Bourdieu considera de fundamental importancia construir una *teoría de la práctica* científica, es decir, una reflexión teórica sobre el modo de trabajar del científico social.⁸ En cuanto práctica, la producción del saber científico se acerca por un lado al arte y, por el otro, a la idea de “saber incorporado”,

⁴ Aludo sobre todo a la llamada “antropología dialógica”. Véase al respecto “Preguntas concernientes a la antropología dialógica”, de Tedlock, en Reynoso (1996) y “Acerca de la ‘descripción/desescritura’ como un ‘hablar por’”, de Tyler, en Reynoso (1996).

⁵ Entre los efectos de la oleada posmoderna en antropología hay que mencionar lo que Kuper define como un verdadero “efecto paralizante”, visible en el desaliento de los jóvenes estudiantes con respecto del trabajo de campo, que empieza a ser visto como una tarea titánica, demasiado difícil o simplemente inconsistente, desprovista de sentido (Kuper, 2001).

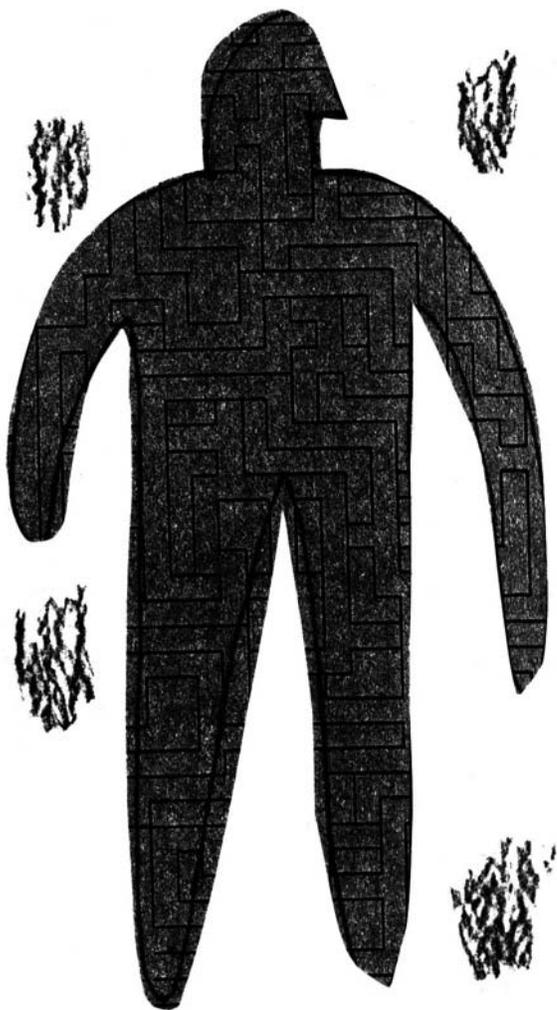
⁶ Gérard Althabe ha sido alumno de George Balandier y es considerado uno de los iniciadores de la antropología urbana en Francia. Oponiéndose abiertamente al veto levi Straussiano acerca de la posibilidad de una antropología de lo cercano, fundó en los años setenta el Equipe de Recherche en Anthropologie Urbaine et Industrielle (ERAUI) en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París. Es uno de los fundadores, junto con Marc Augé y Emmanuel Terray, del Centro de Investigación sobre los Mundos Contemporáneos, de la misma escuela.

⁷ Al hablar de megaciudades me refiero a la definición que propone Castells: aglomeraciones de más de 10 millones de habitantes, algunas de las cuales están destinadas a crecer por arriba de los 20 millones en el 2010. Este autor subraya que “el tamaño no es la cualidad que las define. Son los nodos de la economía global y concentran las funciones de dirección, producción y gestión en todo el planeta; el control de los medios de comunicación; el poder de la política real; y la capacidad simbólica de crear y difundir mensajes” (Castells, 1999: 437).

⁸ “La práctica es siempre subestimada y subanalizada, mientras que para comprenderla habría que tener mucha competencia teórica, paradójicamente mucha más que para comprender una teoría. Hay que evitar reducir las prácticas a la idea que tenemos de ellas cuando nuestra experiencia de ellas es puramente lógica. Ahora bien, los estudiosos no saben necesariamente, a menos que tengan una teoría adecuada de la práctica, conferir a las descripciones de sus prácticas la teoría que les permitiría darse y dar un verdadero conocimiento de esas prácticas” (2001: 81).

“saber hacer”, en el sentido literal de “saber con el cuerpo”, es decir, como un conjunto de habilidades inconscientes que pasan por y se inscriben en el cuerpo.⁹

Me parece que el concepto de *habitus* como *saber con el cuerpo* ilustra de manera excelente el trabajo de campo antropológico con sus situaciones canónicas (por ejemplo, la presentación frente a los miembros de un grupo, la explicación del trabajo que se va a hacer, el pedido de permisos, la instalación en el lugar, la búsqueda de informantes, la observación participante en momentos de la vida cotidiana) y sus diferentes técnicas (entrevistas, genealogías, mapas mentales, análisis situacional). Si bien es cierto, como podemos leer en prestigiosos diccionarios de antropología que “más allá de los aspectos teóricos de carácter general, no existen fórmulas que aplicar en la investigación de campo” (Fabiatti y Remotti, 1997), el aprendizaje meramente teórico de “cómo hacerlo” e incluso los ejercicios en aula destinados a aplicar tal o cual técnica no llevan por sí solos al dominio de ese conjunto de conocimientos y habilidades –*disposiciones* según el léxico de Bourdieu–, al mismo tiempo teóricas y prácticas, que son necesarias para llevar a cabo, de principio a fin, una investigación etnográfica.¹⁰ Los buenos manuales de etnografía y las lecturas de los recuentos de terrenos famosos (estilo *Tristes Trópicos*) sin duda sirven mucho, pero no logran agotar el tema, ya que la mayoría de las cosas que hay que hacer o que se encuentran en el terreno necesitan una reflexión muy específica, referida a los casos concretos. Por lo tanto, buena parte de las dudas y las interrogantes hay que resolverlas conforme se presentan sobre la marcha. El haber resuelto estas dudas e interrogantes puntuales durante el proyecto de investigación es justamente lo que hace que al final el aprendiz antropólogo haya efectivamente aprendido a investigar, al llevar a cabo de principio a fin una experiencia de investigación concreta. De allí la importancia de las prácticas de campo guiadas por el docente, en las que los alumnos se enfrentan a los muchos imponderables e imprevistos que sistemáticamente el campo presenta a quien hace investigación de campo, por el hecho de ser justamente “campo” y no “laboratorio”, si por laboratorio se entiende una situación de investigación en la que el científico define y controla cada una de las variables en juego. De allí también la trascendencia de un proceso de aprendizaje mediante



sucesivos ensayos y errores, en el que los errores cometidos se convierten en enseñanzas para la siguiente vez. En este proceso de aprendizaje el papel del docente consiste, entre otras cosas, en tratar de compartir su experiencia con los alumnos de una manera reflexiva, haciendo juntos las mismas cosas y razonando sistemáticamente sobre *cómo se hace* lo que se hace.

Que el oficio del antropólogo sea un saber con el cuerpo lo podemos ver claramente en la manera cómo el uso de ciertas herramientas técnicas se transforma, conforme va aumentando nuestra experiencia con ellas.

⁹ Nadie confiaría en un cocinero que solamente haya estudiado “en teoría” cómo se hace la lasaña. Lo único que confirma que de verdad la sabe preparar es el hecho de hacerla. El “saber” se encuentra incorporado en el “hacer” justamente porque consiste en “saber hacer” y no en otra cosa.

¹⁰ Los aspectos prácticos del quehacer del antropólogo han adquirido cierta importancia en la reflexión teórico-metodológica sólo en tiempos recientes, después de haber sido tradicionalmente descuidados en la práctica ortodoxa de la antropología de las grandes escuelas.

La acumulación de ensayos, errores y nuevos ensayos hace que la grabadora o la cámara fotográfica se vuelvan algo parecido a una prolongación de nuestro propio cuerpo, que no necesitamos guiar mediante un esfuerzo consciente.¹¹ En cambio, cuando empezamos a usarlas, parecían más bien una prótesis mecánica, cuyo funcionamiento necesitábamos controlar obsesivamente, sin que por ello se garantizara que funcionarían bien. Todos seguramente recordamos aquella lejana entrevista tan importante en la que la inexperiencia y la emoción hicieron que no encendiéramos la grabadora, o aquella foto irremplazable tomada con el objetivo de la cámara tapado. ¿Cuántas fotos hay que *tomar* para aprender a fotografiar? ¿Cuántas entrevistas hay que *hacer* para volverse un buen entrevistador? ¿Cuántos informantes hay que *escuchar* para aprender a escuchar? Si es cierto que hacer una entrevista o tomar una foto se aprenden sobre todo mediante la experiencia, entonces la pedagogía de la investigación antropológica debe incluir a la práctica de campo como un elemento imprescindible, en el que los estudiantes puedan ejercitarse hasta dominar las diferentes técnicas y al mismo tiempo puedan aprender a asumir una vigilancia metódica sobre su propia práctica, como una forma de hacer explícito lo implícito y ser conscientes de los límites incorporados en su nivel de dominio del proceso de conocimiento.

La investigación antropológica en el mundo contemporáneo

Adoptar una postura reflexiva implica nunca perder de vista que la investigación se desarrolla en un espacio y tiempo concretos, que definen una *coyuntura* específica, la cual es determinante en la producción de los materiales de investigación y en los resultados de la misma. Las condiciones del trabajo de campo propias del mundo contemporáneo se caracterizan por la separación y la fragmentación de las esferas de actividad. Los sujetos trabajan, estudian, habitan y se divierten en otros tantos lugares diferentes, y el antropólogo no suele tener acceso al conjunto de estos espacios. Al contrario, en general aborda a sus interlocutores en uno sólo de estos ámbitos. Nuestros interlocutores se nos presentan –por lo menos al principio– como “los habitantes de tal conjunto” o “los usuarios de tal centro comercial”, “los frecuentadores de tal lugar”, o sea, me-

dante una de sus facetas (habitantes, consumidores, etcétera), entre muchas otras. Es decir, el antropólogo es llevado a trabajar sobre un ámbito microsocio delimitado (la vivienda, el consumo, el trabajo, el ocio, por ejemplo) y generalmente vinculado con una problemática de investigación específica. Por lo tanto, de ninguna manera debe pensarse en el ámbito microsocio elegido como en un universo holístico que contenga dentro de sí la esencia de su propia naturaleza y que pueda ser aprehendido por sí sólo, desvinculado del resto de la sociedad. Hay que evitar conferir a este ámbito una autonomía ampliamente ficticia que no haría más que “reforzar así la representación de un mundo social desmenuzado en una pluralidad infinita de microsociedades” (Althabe y Sélím, 1998). La lógica local solamente adquiere sentido si se le vincula con el plano de los fenómenos macrosociales pertinentes para entenderla.

A partir de concebir la investigación como un encuentro con sujetos considerados actores sociales (y no sólo como encuestados o testigos calificados), Althabe sostiene la necesidad de manejar una utilería conceptual específica para interpretar lo que sucede en el campo. La investigación antropológica se caracteriza por producir el conocimiento a partir de la comunicación entre seres humanos, concretamente mediante la interacción entre el investigador y los sujetos sociales que son objeto de su interés. Siempre que investiga en campo, el antropólogo se inserta en un mundo social, en un microcosmos en donde se encuentra jugando un papel que no puede elegir, sino es que muy parcialmente. Al tiempo que se presenta como antropólogo, es a su vez interpretado por los sujetos. El investigador espera poder hacer todo un conjunto de cosas encaminadas a realizar su investigación, pero puede lograrlo sólo si llega a darse a entender y a ser aceptado por diferentes personas. A su vez, estas personas lo interpretan y lo ubican en el seno de su mundo de una forma tal que al investigador le puede más o menos gustar, puede más o menos reconocerse en ella. Esa imagen y ese papel le son dados por los sujetos, a partir de determinada coyuntura de investigación. Por lo tanto, el trabajo de campo puede ser leído como el teatro de una puesta en escena de la que el etnógrafo no es el director, menos aún el autor del guión. Es necesario mantener una postura reflexiva en torno a la relación que se desarrolla con los sujetos dentro del dispositivo de conocimiento que es la investigación. Sólo así el antropólogo podrá entender el sentido de su propia posición en el campo,

¹¹ Es sabido que muchos fotógrafos de profesión conocen tan bien su cámara, los resultados que puede ofrecer y las condiciones en la que una foto puede ser tomada, que no necesitan mirar en el objetivo para hacer “clic” y obtener una buena fotografía. Uno de éstos es Joseph Kudelka, famoso entre otras cosas por sus imágenes de aspectos muy íntimos de la vida social y familiar de los gitanos europeos.

y dar cuenta de los discursos y de los comportamientos de los sujetos hacia él y entre ellos mismos, a lo largo de su permanencia en el terreno de investigación. Vista así, la investigación de campo y su desarrollo forman parte central del objeto por investigar. Buena parte de lo que sucede entre el antropólogo y los actores –incluida la comunicación entre ellos– debe ser explicado como resultado de la lógica propia de la investigación.¹² Cabe destacar una de las ventajas indudables de esta postura: si se hacen así las cosas, no hay materiales que no sirvan a lo largo de la investigación, no existen tiempos muertos u ocasiones perdidas, porque todo lo que pasa –o no pasa– en el campo se convierte en un dato útil para ser sometido a interpretación. Aun las entrevistas negadas y los desencuentros constituyen materiales para interpretarse porque nos permiten descubrir aspectos importantes sobre la relación del investigador con los sujetos y sobre las dinámicas que rigen el ámbito local. En un segundo momento, la lógica del ámbito microlocal estudiado debe relacionarse con los elementos del contexto macrosocial útiles para su interpretación. En ese sentido, el contexto de la investigación –como ámbito útil para entender qué pasa en el microcosmos por investigar– debe ser entendido como “contexto pertinente” a la comprensión de lo local.

En conclusión, la experiencia de investigación hay que considerarla como un dispositivo sociocultural específico, en el que la adopción de una postura reflexiva sobre la construcción del objeto y las condiciones de producción de los datos son imprescindibles para entender el desarrollo mismo de la investigación y sus resultados.

Autoanálisis de una experiencia de formación a la investigación

En las páginas que siguen voy a relatar una experiencia concreta de formación a la investigación antropológica en un ámbito urbano, para mostrar que:

- a) el trabajo de investigación es el resultado de un complejo proceso de aprendizaje que sólo puede realizarse plenamente mediante la práctica de campo prolongada y repetida;
- b) la adopción de una postura reflexiva como la que acabo de ilustrar, puede ser de gran utilidad para hacer más fluido y efectivo el proceso de aprendizaje del oficio de antropólogo.

Se trata de un proyecto de investigación del que fui responsable de enero de 2002 a julio de 2003 con un grupo de diez estudiantes, seis hombres y cuatro mujeres. El proyecto tuvo la finalidad de ofrecer a los estudiantes una formación en el trabajo de campo mediante la realización de una investigación etnográfica y la redacción de un “trabajo terminal”. Por lo regular, este periodo de formación a la investigación incluye en total cinco trimestres, así distribuidos: un trimestre de preparación, dos trimestres de campo, separados por uno de reflexión y recopilación del material, y un trimestre final para la redacción del trabajo. El docente propone un tema general, dentro del cual los estudiantes desarrollan sus investigaciones particulares, y los acompaña en la realización de su investigación supervisando desde la formulación del proyecto individual hasta la entrega final. Por lo tanto, se trata al mismo tiempo de una experiencia de investigación y de docencia-aprendizaje, en la que los estudiantes aprenden a investigar de la única forma en la que esto es posible, es decir, haciendo investigación. Y lo hacen bajo ciertas condiciones concretas que incluyen la organización del proyecto y la dinámica propia de la investigación en relación con el terreno elegido; las formas de financiamiento del mismo en la universidad y la temporalidad prevista para su realización. Vale la pena destacar que en las condiciones de trabajo propias de la universidad en cuestión, estos proyectos de trabajo de campo constituyen para los docentes una oportunidad importante para llevar a cabo su propia investigación de campo. Esto implica que los maestros tengan todo el interés en que los estudiantes aprendan de verdad a

¹² Althabe habla al respecto del “modo de comunicación” para indicar la lógica específica de los intercambios en el contexto investigado. Un ejemplo de un “modo de comunicación” propio de cierto ámbito microsocioal lo encontramos en la investigación sobre vivienda de interés social. Cuando el investigador pregunta sobre las relaciones de vecindad escucha invariablemente que “aquí la gente no se lleva con nadie”, “sólo buenos días y buenas tardes”, “cada quien en su casa”, “nadie se mete con nadie”, etcétera. Estas frases convencionales, que intentan pintar un cuadro de ausencia de relaciones, suelen no tener nada que ver con la realidad, más bien esconden un conjunto de relaciones que sí existen y que casi siempre son de tensión, por no decir de conflicto abierto, entre los habitantes. Sin embargo, la llegada del investigador, con su pretensión de estudiar la sociabilidad local, desencadena una reacción defensiva que consiste entre otras cosas, en negar que existan problemas con los vecinos. Sólo mediante la observación participante, al evitar limitarse a las puras entrevistas, donde cada quien se presenta de la forma que considera más pertinente, se pueden abrir pistas para llegar a entender la lógica de las relaciones y lo que los sujetos quieren (o intentan) decir detrás de lo que aparentemente dicen. Es posible encontrar estas reacciones, sin grandes cambios, en Francia, en Italia y en México, sin importar las diferencias de situación entre los tres países. Véase al respecto Althabe, Légé y Sélím (1984) y Giglia (2000).

investigar, más allá de los conteos institucionales en materia de tesis dirigidas y de alumnos recibidos.

El proyecto de investigación estaba enfocado a estudiar los procesos de segregación y exclusión propios de algunos espacios de la ciudad para entender cuáles son y cómo se conforman las prácticas sociales específicas de los lugares cerrados, tanto residenciales como públicos (o de uso público) en una zona de la capital mexicana. Este proyecto fue ofertado simultáneamente con otros cuatro a una población total de alrededor de cincuenta estudiantes. Todos los otros proyectos implicaban una estancia fuera de la Ciudad de México. El proyecto que yo propuse, por estar dirigido a la Ciudad de México, fue el único que no obligaba a trasladarse fuera del área metropolitana.

Como lugar de investigación del proyecto propuse un área de la ciudad que conozco relativamente bien y que posee las características de segregación y división del espacio que me interesaba investigar. Se trata de la zona que se encuentra alrededor del cruce entre la Avenida de los Insurgentes y el Periférico Sur, porque es un área donde existen casi sólo lugares cerrados, ya sea privados (las oficinas de Electra por ejemplo), públicos (el parque ecológico de Cuicuilco), o residenciales (la Villa Olímpica, los condominios cerrados de la calle Ailes), conectados entre sí por vialidades rápidas y pequeños residuos de espacio público-público sólo en los semáforos y en algunos otros cruces. Al proponer a los estudiantes que investigaran un área relativamente delimitada no me movían sólo razones teóricas, sino también prácticas. Mi aspiración era que pudieran ir a establecerse allí y trabajar todos juntos en lugares cercanos a la zona o ahí mismo, ayudándose mutuamente en las cuestiones prácticas cotidianas y aprovechando los unos las informaciones recabadas por los otros. En otras palabras, al proponer un espacio relativamente circunscrito intentaba yo reproducir las condiciones de facilidad de acceso a los lugares de investigación de las que goza el antropólogo cuando trabaja en una comunidad pequeña, en donde simplemente

al salir del lugar donde se hospeda ya se encuentra inmerso en la cultura local que pretende estudiar. Habida cuenta de las enormes diferencias que conlleva el trabajo en el ámbito urbano, delimitar el espacio por investigar simplifica la accesibilidad a los lugares y permite una más efectiva acumulación de información, al tener a diez personas trabajando en los mismos sitios o en sus cercanías.

Este tipo de acomodo pudo realizarse sólo en parte, por diferentes razones. Por un lado, el tipo de estudiantes, mismo que a su vez fue resultado en buena medida de la clase de propuesta. Por ser el único proyecto de campo localizado en la Ciudad de México, adherirse a él no se debió sólo al interés por la problemática o a la preferencia hacia mí con respecto a otros maestros. El que no fuera necesario salir de la ciudad contribuyó a definir el perfil de los estudiantes que se inscribieron.¹³ Los diez alumnos y alumnas tenían las siguientes características: nueve de diez trabajan de forma regular para mantenerse, además de estudiar; dos de las mujeres tienen hijos en edad preescolar; dos de los hombres tuvieron su primer hijo justo a mediados entre los dos periodos de trabajo de campo. Todos ellos, salvo tres, provienen de la periferia oriental, en particular de los municipios conurbados de Nezahualcóyotl, Chalco, Ixtapaluca y Tlalmanalco. En suma, si se inscribieron en ese proyecto se debió en buena parte a que no estaban en condición de costear una estancia fuera de su casa o no podían alejarse de sus responsabilidades familiares y laborales.¹⁴ Por otra parte, en la medida en que cada uno fue averiguando la viabilidad de llevar a cabo una investigación sobre el objeto individuado al principio y conforme las unidades de investigación¹⁵ se fueron definiendo para cada quien, en más de un caso, el terreno de investigación se fue ampliando y en parte se fue alejando de los lugares propuestos al comienzo, como veremos mejor más adelante.¹⁶

Por lo tanto, desde la propuesta inicial de una etnografía concentrada en una área relativamente definida, pasamos a una localización más bien dispersa de los

¹³ Cuatro de ellos ya habían decidido hacer su trabajo de campo conmigo a lo largo del trimestre anterior, cuando tomaron un curso que versaba sobre una problemática cercana a la del proyecto.

¹⁴ Los fondos de que dispone la universidad para costear los proyectos de trabajo de campo son absolutamente insuficientes para este objetivo. Se trata de diez mil pesos por etapa de trabajo, que se repartieron equitativamente entre los diez estudiantes.

¹⁵ Distinguimos el *objeto de la investigación*, que no necesariamente coincide con un espacio delimitado (por ejemplo la sociabilidad en los centros comerciales), de las *unidades de investigación* que tienden a ser espacios delimitados (por ejemplo el área de comida rápida en Perisur), en función de la problemática de investigación, de las hipótesis y de la viabilidad para ser investigadas.

¹⁶ Los lugares investigados fueron la Plaza Inbursa (ex Cuicuilco); el centro comercial Perisur; el Parque Ecológico Loreto y Peña Pobre; la unidad habitacional Villa Olímpica; el mercado de muebles artesanales Vasco de Quiroga; la unidad habitacional Villa Panamericana; el centro comercial Gran Sur; la colonia Isidro Fabela. A esto lugares hay que añadir otros que se introdujeron por razones comparativas: la Plaza Chalco, el parque ecológico de Xochimilco; las colonias Reforma y San Agustín en Ciudad Nezahualcóyotl; y la Comercial Mexicana de Ixtapaluca.

terrenos por investigar y a una relación espacial con el campo de tipo predominantemente pendular. Cada quien se organizó como pudo para ir y venir de su casa a los sitios elegidos. Debo decir que mi intento para que vivieran en los lugares seleccionados para la investigación, fracasó rotundamente, en parte porque no insistí lo suficiente para que lo hicieran pues me di cuenta de que se trataba de estudiantes cuyas disponibilidades económicas y de tiempo eran muy limitadas. Sólo en un caso –en el que había cierta ayuda por parte de la familia– se logró rentar un pequeño departamento próximo al lugar que se tenía planeado estudiar.

En el periodo de preparación del trabajo de campo se abordaron los temas de la segregación urbana y de los espacios cerrados mediante lecturas dirigidas a construir una problemática común, compartir y discutir cierta información, ir esbozando ámbitos específicos de análisis, tales como las prácticas de consumo en los centros comerciales, los procesos de exclusión y autosegregación residencial en diferentes contextos habitados. Al final del periodo cada alumno entregó una suerte de anteproyecto individual, donde se intentaba extraer del marco de la propuesta general un objeto de interés específico. Como veremos, casi todos los proyectos sufrieron cambios importantes a partir de la realización de la primera etapa de trabajo de campo y fueron redefinidos.

En los primeros días de trabajo de campo nos reuníamos a las diez de la mañana en el Sanborns de Plaza Inbursa o en el área de comida de Gran Sur, y desayunábamos platicando sobre las cosas por hacer. Luego, cada quien se dirigía a los lugares elegidos. Cabe destacar que llegar cada día del oriente de la ciudad hasta el cruce de Insurgentes y Periférico Sur no es poca cosa, ya que significaba emprender un largo viaje en diferentes medios de transporte, casi siempre atascados. Debido a mi punto de vista de habitante de una zona muy céntrica de la ciudad, hasta entonces comprendí que, para quien viene –pongamos– de Chalco, llegar a la UAM-Iztapalapa es ya llegar a un centro, a un nodo urbano, en suma, por lo menos a un punto de llegada y de encuentro. La policentricidad de la ciudad se hacía patente en la práctica de la investigación. De

Iztapalapa a Perisur era otro viaje, hacia un centro ulterior, y hacia una parte de la ciudad donde se situaban algunos de sus espacios más modernos y globalizados, porque en ellos se hace especialmente evidente la inserción de México dentro de procesos socioeconómicos y culturales de alcance global.

Al empezar la práctica de campo, nos abocamos a “hacer observación”, tratando de tener en mente la literatura discutida en la etapa de preparación. Fue fácil descubrir que la realidad observable era más compleja que las representaciones que de ella se tenían. Siempre hay cosas imprevistas que rebasan lo que se ha leído sobre cierto tema. Nos pareció que los textos que conocíamos sobre segregación, centros comerciales y espacios cerrados tendían a exagerar el alcance del encierro, y no daban cuenta de manera satisfactoria de la complejidad de las situaciones concretas. Las primeras observaciones en el campo –tanto en espacios residenciales como en centros comerciales– indicaron que no siempre la segregación y la exclusión logran ser 100% efectivas. Lo que parecía un punto de partida dado por sentado (la existencia de espacios segregados y excluyentes) se convirtió en un problema a investigar: ¿qué tan segregados y excluyentes logran ser los espacios que así pretenden ser?

Desde los primeros días el acercamiento a los lugares de estudio intentó ser selectivo, esto es, un acercamiento dirigido a responder preguntas específicas que, a su vez, implicaban hipótesis bastante delimitadas.¹⁷ De ninguna manera respondió a la preocupación de ir a ver “todo lo que hay”. Observar todo lo que pasa es una tarea imposible e inconmensurable. Se puede observar sólo algo delimitado por una pregunta previa, algo que posiblemente podamos reconocer como objeto de observación y que podamos interrogar, con alguna hipótesis en mente. Además, para formarnos una representación de lo observado, no basta con observar algo una sola vez, hace falta practicar la observación como una actividad sistemática y repetitiva para llegar a conocer lo que se está observando. La observación participante se dividió en etapas para permitir un acercamiento progresivo y gradual a los objetos por estudiar.¹⁸

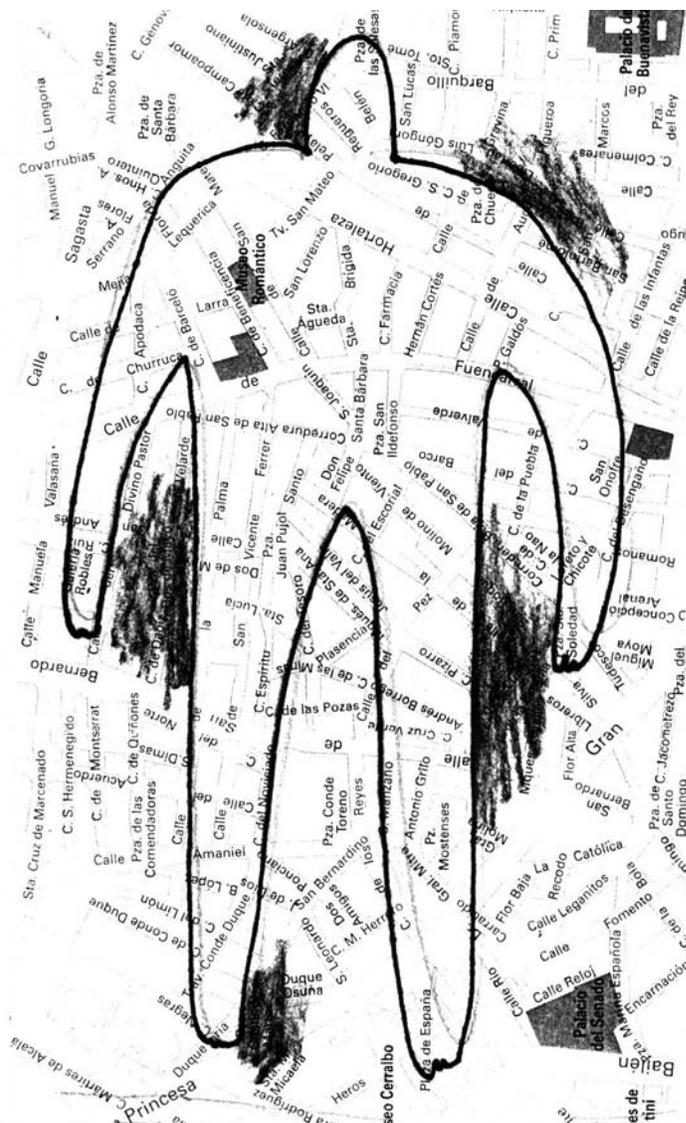
¹⁷ Las preguntas versaban acerca de la eficacia de los mecanismos de cierre, la accesibilidad de los lugares para diferentes tipos de sujetos, el análisis de los espacios fronterizos (puertas, entradas y salidas) y las prácticas al interior de los espacios en cuanto prácticas sometidas a cierto tipo de reglamentación y a ciertas restricciones.

¹⁸ En la primera etapa (semana 1) se hizo observación preliminar en diferentes horarios y lugares para determinar los lugares específicos para los objetivos de la investigación (¿dónde?); los tiempos específicos para los objetivos de la investigación (¿cuándo?); y los actores específicos para los objetivos de la investigación (¿quién?). En la segunda etapa (semanas 2 a 5) se hizo observación pautada, esto es, sobre lugares, tiempos y actores específicos (por ejemplo: el área de comida de 15 a 17 durante cinco días a la semana, los que se sientan a consumir). Cito de las indicaciones del proyecto: “Aun estando pautada, la observación puede resultar una tarea demasiado vasta, y dejar la sensación de que no es posible abarcar todo lo que sucede. En este caso conviene subdividir las unidades de observación. Por ejemplo si la unidad es el área de comida se puede dedicar la mitad del tiempo a observar un lado de la sala y la otra mitad el otro lado”. En la tercera etapa (semana

Al mismo tiempo que se empezaban a formular las preguntas comunes, cada uno iba explorando lo que había establecido en la fase preliminar como objeto de su interés. Se buscó definir actividades similares para todos y criterios homogéneos para calificar los resultados de cada uno. Cada quien tuvo que realizar: diario de campo, observación participante y entrevistas. Además se tenían que acatar indicaciones detalladas para llevar a cabo cada una de esas actividades.

El diario de campo se definió como “el recuento de todo lo que pasa desde que salen de su casa hasta que regresan después de su jornada de campo”. Opté por una acepción amplia de diario de campo, incluyendo en él “todas las reflexiones, comentarios, desahogos relativos al desarrollo de su investigación, precisiones y dudas sobre el rumbo que va tomando la investigación y reflexiones sobre sus propias actitudes, deseos, temores acerca de la investigación misma”.¹⁹ Establecimos reuniones semanales para asesoría y revisión de los materiales recogidos. En estas reuniones los alumnos debían entregar el diario de campo redactado en la semana, como una forma de comprobar el trabajo realizado y discutirlo a partir de un texto que pudiera constituir una base para retrabajar posteriormente, en vista del trabajo terminal. Esta entrega del diario tenía también el sentido de hacer un ejercicio permanente de escritura con el propósito de no llegar a la última etapa poco entrenados frente a la tarea de escribir. Al mismo tiempo estos materiales fueron tratados como primeras redacciones de etnografías por discutir en grupo, como un medio para fomentar una postura reflexiva. La única desventaja que puedo encontrar en este procedimiento, y que decidí asumir como tal, es la de inducir cierta dosis de autocensura en el diario, visto que tenía que ser entregado al docente. Considerando estas específicas condiciones de producción del diario, quise subrayar que “el diario de campo *no se escribe para dejar una buena imagen* de lo que se está haciendo. No debe forzosamente ser coherente, ni sistemático, pero si debe esforzarse por ser *fiel* a lo que está sucediendo. Es un texto que debe hacer ver *la cocina* de la investigación (cómo pasan las cosas concretamente)”.²⁰ La consigna de entregar tal cual el recuento del trabajo hecho no fue fácil de cumplir, ya que la tendencia a producir reportes con carácter de “acabado”

es muy fuerte. Aunque también hubo quienes aprovecharon esta modalidad de escritura en sus posibilidades expresivas y retóricas, como cuando el diario asume la forma de un relato abiertamente dirigido a su destinatario para el cual se puede escribir “y luego sucedió tal cosa, *aunque usted no lo crea*”.



6 en adelante) se hizo “observación de situaciones” o “secuencias de prácticas” concretas, entendiendo con eso el registro de operaciones específicas por sujetos específicos en los lugares elegidos (por ejemplo, una pareja con su bebé viendo los aparadores, luego sentados en el Mc Donald’s; más tarde, pidiendo informes para suscribirse a Sky o para comprar un coche, etcétera).

¹⁹ Memorándum del Proyecto de Trabajo de Campo, 2001.

²⁰ *Ibidem*.

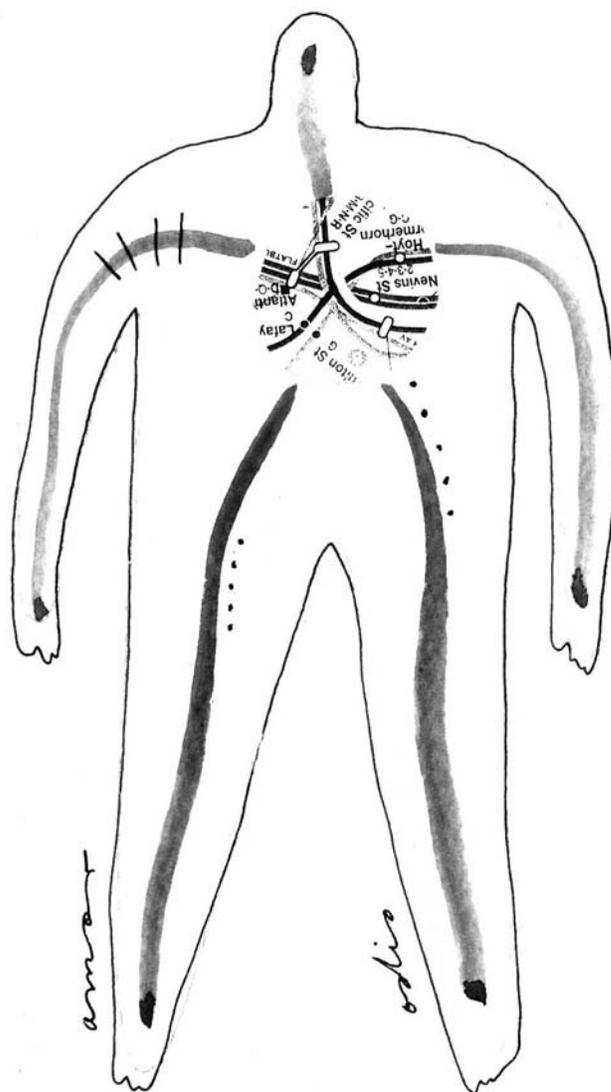
Condiciones específicas del trabajo de campo en la Ciudad de México

La separación entre el lugar de residencia y el lugar de estudio fue un rasgo característico de la relación que tanto los alumnos como el docente establecieron con el objeto de investigación. Se puede pensar que esto haya sido una desventaja con respecto a las condiciones que se consideran óptimas para llevar a cabo una investigación de campo, ya que casi nadie pudo realizar una auténtica *full immersion* y casi todos tuvieron que desplazarse diariamente para alcanzar sus unidades de investigación. La experiencia de terreno se estructuró entonces como un ir y venir entre diferentes lugares, un desplazamiento cotidiano de un espacio conocido a uno por conocer: desde la casa, el barrio y las calles transitadas todos los días hacia los lugares de la investigación. Así, el recorrido de largas distancias urbanas se volvió un elemento constitutivo de la práctica de campo. Esto trajo consecuencias importantes sobre el tipo de materiales recogidos. Por ejemplo, se trabajó principalmente en los horarios diurnos y mucho menos en las tardes y noches. Para aprovechar el largo recorrido entre la casa y el terreno de investigación propuse que observaran el transporte público en las rutas que usarían habitualmente para ir y venir de la casa a los lugares de investigación, con base en una problemática que se fue construyendo a lo largo del trabajo de campo y que, en parte, ya habíamos abordado en el trimestre de preparación. De esa forma, a la etnografía de los lugares públicos cerrados se añadió la del transporte público.²¹

Pero, por otro lado, hace falta destacar que esta imposibilidad de llevar a cabo una *full immersion* en el campo no es inusual en el ámbito urbano, donde el investigador no puede aprehender la totalidad de la vida social de sus informantes, sino que se ve obligado a moverse entre diferentes fragmentos y ámbitos de experiencia específicos. En el caso en cuestión, incluso si los estudiantes hubieran efectivamente habitado en los lugares de investigación, difícilmente hubieran podido aprehender la totalidad de la experiencia urbana de los sujetos que pretendían estudiar. De allí que, en una megaciudad como la de México, la cercanía espacial con el ámbito por investigar responde más a razones de orden práctico (ahorrarse la fatiga de tener que recorrer grandes distancias) que a la ambición, muy poco realista, de aprehender una *totalidad social* a nivel

local, lo cual no quiere decir que la cercanía con los lugares de estudio no deba ser buscada a cada nuevo intento, porque sin duda ayuda a mejorar nuestra comprensión de la realidad que se investiga, aunque esta realidad no se deje asir como una totalidad.

La distancia geográfica habla también de una distancia cultural. Para muchos de los alumnos esos lugares de estudio—centros comerciales, parques, unidades habitacionales de clase media—representaron un mundo por descubrir, mientras que desde mi punto de vista se trataba de sitios supuestamente bien conocidos. Sin embargo, como eran lugares muy comunes en el panorama urbano de la ciudad, existía también —y



²¹ Análogamente a lo que se hizo en los lugares, para la observación del transporte público se elaboraron preguntas que buscaban investigar en torno a la naturaleza más o menos pública del transporte, tales como: ¿Qué tan público es el transporte público? ¿Qué tan homogéneo y segregado es el transporte público en la Ciudad de México? ¿Existe una sociabilidad específica de los medios de transporte? ¿Qué tanto el medio de transporte es vivido como una extensión del espacio privado y qué tanto es un territorio ajeno?

era muy fuerte—la tendencia a darlos por descontados, a verlos como lugares donde no había nada. No ha sido fácil desprenderse de la impresión de conocerlos ya, y por lo tanto de la sensación de no lograr ver nada que pudiera ser considerado como significativo para la investigación. Además, casi todos ya habíamos sido usuarios de espacios análogos: al llegar a ellos era muy fuerte la tendencia a usarlos sin más, sin pensar en el sentido de dichos usos. En particular, tuvimos que desprendernos —en la medida de lo posible— de nuestro *habitus* de consumidores que visitan estos sitios con la intención semiconsciente o semiinvoluntaria de comprar algo o simplemente para ver los escaparates.²² Para volver a *encantar* nuestro objeto, empezamos a formular preguntas en torno a cuestiones obvias sólo en apariencia, que nos permitían poner en tela de juicio muchas de las cosas que hubieran podido pasar desapercibidas. La pregunta ¿qué se va a hacer en el centro comercial? nos llevó a concluir que no siempre se va para comprar. La cuestión ¿hasta dónde funciona la vigilancia?²³ implicó dejar de dar por sentado que se trataba de lugares vigilados y ponerse a observar quién puede entrar en Villa Olímpica, o en Perisur, y cómo. Aun para los que ya los conocíamos, Perisur, la Villa Olímpica, el Parque Ecológico Loreto y Peña Pobre se convirtieron en objetos de extrañamiento. Vale a este propósito la frase de Flaubert citada por Bourdieu en *La miseria del mundo*: “cualquier cosa es interesante siempre que la miremos el tiempo suficiente” (Bourdieu, 1999: 544).

Hacer trabajo de campo dentro de la misma área metropolitana no implica que quede eliminada la experiencia de la alteridad cultural, más bien ésta se propone en los términos que son propios de una gran urbe multicultural. Al llegar por primera vez a Perisur o a Plaza Cuicuilco, al entrar por primera vez en un Palacio de Hierro, algunos de los alumnos no se sentían a gusto, porque pensaban que no podrían pasar desapercibidos, sino que iban a ser notados por los demás frequentadores. Estos últimos eran vistos como personas “de clase alta”, “puros güeros”, “personas desinhibidas”, “gente muy rica”. Esta imagen de la población por estudiar generaba timidez a la hora de abordar el campo, debido sobre todo al temor de no poder entrar en contacto, de no saber por dónde empezar para hacer las entrevistas, sobre todo cuando se trataba de abordar personas de clase media y media

alta, y de fenotipo blanco. Destaca que esta imagen fue diluyéndose y modificándose a lo largo de la investigación, como resultado de la familiarización con los lugares y de la realización del proceso mismo de investigación. Por ejemplo, las primeras descripciones de la clientela del Wal-Mart de Perisur mencionan únicamente personas de clase muy alta, señoras elegantes que llegaban en camionetas de lujo, jóvenes despreocupados que entraban a medio día para comprar unas botellas de vino y un queso francés. Éstos eran los sujetos “ajenos” que más llamaban la atención y que quedaban grabados en los apuntes etnográficos. Pero luego, una vez afinada la mirada, una observación más sistemática y más prolongada hizo aparecer una clientela más diferenciada y mucho menos homogénea. Sin embargo es significativo que lo primero que saltaba a la vista era la presencia de “los ricos” y la conciencia —y la incomodidad— de estar haciendo campo en “los lugares para los ricos”.

Cuando se hace campo en el contexto de una megaciudad como la de México, las imágenes tradicionales de la alteridad cultural se vuelven más complejas. Hay que aprender a sortear los problemas que pone el conseguir una entrevista con una joven muy guapa que se pasea por Perisur con sus bolsas de las compras, o una señora bien arreglada que lleva sus niños al parque Loreto y Peña Pobre, o un señor de traje que deja su coche último modelo al valet-parking y se dirige rápidamente a un restaurante, o un grupito de adolescentes que hablan sin cesar por sus teléfonos celulares. ¿Cómo abordar estos sujetos, siendo un estudiante de escasos recursos que procede de la periferia oriental? Lejos de ser puramente retórica, la pregunta alude a una vivencia muy concreta.

Esta impresión de “estar fuera de lugar” la discutimos en grupo para tratar de objetivarla como un hecho inevitable a la hora de insertarse en el campo. Sin embargo, no todos hablaron de su propia experiencia al respecto y hubo reticencias en reconocer que los obstáculos para abordar el terreno tenían que ver con una relación en la que las posiciones sociales se encontraban de alguna manera invertidas, en la que el investigador tenía que relacionarse con gentes más ricas, con más estatus, con poco tiempo y muchos compromisos. Esta situación no es insólita en la investigación urbana, y sobre ello existen excelentes reflexiones basadas en etnografías bien hechas, como la de Beatriz Le Wita (1988) sobre las mujeres de la alta burguesía parisina.

²² En mi caso, más de una vez entraba con el objetivo de observar la sociabilidad y salía con mis bolsas de las compras, como una forma irreflexiva de practicar la observación participante.

²³ Muy pronto entendimos que la seguridad es un asunto mucho más difícil de cuidar de lo que los gestores de los centros comerciales quieren hacer creer. Como cuando uno de estos gestores nos dijo a Guillermo y a mí que “esto es una bomba de tiempo”, después de haber empezado diciendo que todo estaba perfectamente bajo control.

Dije que al comienzo se tiene siempre la impresión de que los demás nos están observando, pero que esto no siempre es así. Somos más bien nosotros quienes nos estamos observando: somos conscientes de que estamos haciendo una investigación y no queremos fallar, ello provoca que a menudo nos preocupemos excesivamente por lo que estamos haciendo y por lo que los demás puedan pensar sobre nosotros.

Además, mientras más conozcamos el terreno por investigar, más exigentes nos volvemos hacia nosotros mismos. Esto explica, por lo menos en parte, la facilidad con la que un investigador extranjero puede insertarse en un terreno ajeno y moverse sin grandes problemas. Una prueba de ello la podíamos encontrar comparando las dificultades de algunos de los estudiantes para presentarse y abordar a los sujetos, con la casi total desventura de Bruno, el estudiante francés que se incorporó a nuestro grupo para estudiar dos centros comerciales. Desde su posición de extranjero, y además de “güerito”, Bruno se relacionaba con absoluta facilidad con los frequentadores de Plaza Loreto. Sin embargo, no pudo conseguir las entrevistas que quería tan fácilmente como pensaba, y nunca nadie de los sujetos que abordó en los centros comerciales accedió a dejarse entrevistar en su casa. Esta comparación con un estudiante extranjero ayudó a adoptar una postura reflexiva en la medida en que, por contraste, se evidenciaban tanto las diferencias como las semejanzas. Entre estas últimas, vale la pena destacar –una vez más– el tema de la separación entre diferentes ámbitos de experiencia de los sujetos y la casi imposibilidad para el investigador de moverse de uno a otro. Abordar a alguien en un espacio público nos permite aprehender una faceta de su experiencia urbana, pero difícilmente podremos penetrar en otras y conocer a este mismo sujeto como habitante del lugar “X”.

En una gran urbe como la de México y trabajando sobre espacios públicos y comerciales altamente valorizados, cerrados y vigilados, las condiciones de acceso al terreno no son fáciles. Si en todo terreno el antropólogo tiene que pedir permisos y ganarse la confianza de diferentes sujetos para poder tener acceso a la información que busca, en el caso de los lugares elegidos el acceso se halla condicionado por ciertos factores específicos, relacionados con el tipo de espacios y sus dueños. Por supuesto que en un centro comercial o en un supermercado se tiene un acceso relativamente fácil como *consumidores*. A una unidad habitacional se puede tener acceso como *visitante* de algún residente.

Pero el acceso como *investigadores* no es sencillo. En los terrenos urbanos como los elegidos, la presencia del investigador necesita legitimarse formalmente mediante explicaciones detalladas de su trabajo, cartas de presentación y pedidos de autorización a las autoridades correspondientes en cada espacio. Si quiere realizar las actividades propias de su trabajo –hacer observación sistemática, entrevistas, fotografías, cuestionarios– debe pasar por un trámite que consiste en localizar y luego entrevistarse con los responsables del lugar, explicarles qué es lo que se quiere hacer, y casi siempre extender una carta formal en la que se pide permiso para hacer la investigación. No es tan obvio lograr la apertura de una relación con actores que representan grandes empresas o conjuntos de empresas –el grupo Carso, Wal-Mart, la Comercial Mexicana entre otras– cuya políticas en cuanto a relaciones públicas no son fácilmente evidentes ni inteligibles.²⁴ Asimismo, no es sencillo iniciar y establecer una relación de confianza con los representantes y habitantes de los espacios residenciales cerrados, para los cuales, justamente, el vivir *intramuros* implica –entre muchas otras cosas– el protegerse de todo tipo de invasores extraños, incluidos los investigadores. No siempre se da el permiso, y a veces es otorgado *sub condicione*, es decir, sólo por un periodo delimitado o sólo en ciertos lugares. Esto pone al investigador en la situación de no poder hacer como si no estuviera. La carta de presentación o la autorización que debe exhibir a cada nuevo encuentro le recuerdan cuál es su lugar, qué es lo que está haciendo y los límites dentro de los cuales puede (y debe) moverse. Las condiciones de modernidad del terreno promueven la reflexividad como conciencia del lugar ocupado en la situación de investigación.

En las condiciones en las que trabajamos quienes hacemos antropología en la Ciudad de México, en los espacios propios de la globalización, se mezclan en formas sui géneris el extrañamiento y la familiaridad, el libre acceso como ciudadano y el pedido de acceso como antropólogo, la observación irreflexiva como transeúnte o consumidor y el esfuerzo por observar “objetivamente” y sobre todo reflexivamente, tomando distancia respecto a nuestro uso habitual de los lugares, pero asumiendo nuestra ambivalencia en cuanto usuarios y al mismo tiempo observadores. Un punto importante sobre el cual es útil insistir tiene que ver con la imposibilidad de un enfoque holístico de los lugares investigados, ninguno de los cuales es un mundo en sí mismo, en donde la investigación pueda agotarse. Para no caer en el do-

²⁴ Pudimos con relativa facilidad explicar nuestras intenciones al gerente de Gran Sur, quien nos dejó llevar a cabo algunas encuestas en sus instalaciones. Lo mismo en el caso del grupo Carso, cuyos representantes permitieron que un estudiante trabajara dentro de la Plaza Inbursa, pero fue imposible conseguir el permiso para hacer entrevistas en Costco.

ble riesgo de encerrarse en los lugares y exotizar los objetos, se puede recurrir a la comparación como a un antídoto. Si los centros comerciales son un fenómeno global, comparar Perisur con uno de sus homólogos periféricos, la Plaza Chalco, permite demostrar que los procesos globales no arrasan con la especificidad de los lugares sino que en parte tienen que adecuarse y pactar con ella. Si la búsqueda de lo ecológico y lo “natural” es igualmente un proceso de alcance global es interesante ver cómo se concreta en el caso de un parque ecológico de tipo comercial (el Loreto y Peña Pobre) y en el de un parque público como el de Xochimilco. En general, en la Ciudad de México existen formas muy diferenciadas de acceso a ciertos bienes y servicios que se asemejan sólo en apariencia. Comparar espacios públicos semejantes pero situados en distintas áreas de la ciudad permite dar cuenta de las viejas y nuevas desigualdades en las modalidades de la experiencia urbana. Ésta ha sido una de las formas específicas en la que hemos intentado practicar la *etnografía multilocal* propuesta por Marcus como un recurso para adecuar el trabajo de campo a los procesos propios de la globalización. Otra modalidad, más general, visible en todos los proyectos individuales, es la de la “etnografía estratégicamente situada” como un instrumento para tratar de “entender, de manera amplia, el sistema en términos etnográficos y, al mismo tiempo, a los sujetos locales” (Marcus, 2001: 121).

La construcción del objeto y su redefinición: un viaje en dos etapas

La primera fase del trabajo de campo concluyó con la necesidad de replantear el proyecto de investigación que había guiado los primeros pasos de cada estudiante. En la etapa de reflexión entre las dos estancias en campo, seguimos leyendo, se transcribieron al menos en parte las entrevistas y se empezó a ordenar el material recogido. Esta etapa de reflexión llevó a replantear el tema por investigar y a un autoanálisis en cuanto a la forma como se había llevado a cabo la primera etapa. Casi todos cambiaron de tema, por lo menos parcialmente, en relación con sus inicios, a partir de considerar que el primer planteamiento era muy general o poco pertinente una vez averiguadas las condiciones particulares de la investigación. La primera etapa sirvió para “romper el hielo”, entender qué es el campo y cómo se hace, y sobre todo para apoderarse en concreto –y no sólo en teoría– de un tema de investigación, es decir, para definir lo que en realidad interesa hacer y lo que realmente se puede hacer una vez exploradas las condiciones de posibilidad de determinado estudio.

Es importante valorar el sentido formativo que tienen estas reorientaciones y redefiniciones del objeto, puesto que muy a menudo tratamos de olvidarlas y rara vez aparecen en los reportes finales. Cambiar de tema implica haber efectuado una valoración y un descarte –razonado y motivado– de un primer proyecto. Frente a los lugares y a los sujetos concretos de la investigación, cada quien tuvo que evaluar la situación, preguntarse si podía o no hacer el trabajo, y medir su disposición real y sus recursos para efectuar una investigación sobre un determinado tema. El cambio de tema entraña, por lo tanto, la puesta en práctica de un conjunto de operaciones que involucran al mismo tiempo el conocimiento teórico y el sentido práctico, como síntesis de las disposiciones personales y de la valoración reflexiva de la posición de cada quien para poder realizar el proyecto. Se trata, en suma, de una experiencia muy útil en cuanto al proceso de aprendizaje del oficio, además de ser, viéndolo bien, una etapa casi normal en el proceso de investigación. Aun cuando se tengan preguntas claras e hipótesis viables, la práctica etnográfica se caracteriza por hacernos descubrir cosas imprevistas, que obligan en parte a replantear el problema de investigación y la estrategia para investigarlo. La realidad es más complicada de lo que nuestra imaginación nos permite prever, y es por eso que existe la investigación empírica. Por ello es muy importante que el trabajo de campo se desarrolle en dos etapas, ya que la segunda sirve a menudo para profundizar y rectificar la ruta trazada en la primera. Y no porque se hayan cometido errores sino porque estos ajustes forman parte del proceso de producción del conocimiento.

Veamos ahora cómo cambiaron algunos proyectos individuales. Alejandra quería trabajar sobre el funcionamiento de la seguridad y la vigilancia en un supermercado en Ixtapaluca, pero se percató de que no se lo iban a permitir. Al frecuentar el supermercado, se interesa por la condición laboral de las mujeres que trabajan en él. Se aboca a trabajar sobre las empleadas de la Comercial Mexicana y el sentido que tiene para ellas laborar en un lugar tan moderno y opulento. Carmen pensaba comparar dos parques temáticos, el parque Loreto y Peña Pobre y los Viveros de Coyoacán. Frecuentar los dos le hizo ver que no eran del todo comparables, ya que uno es un parque ecológico y el otro es un lugar muy especial, donde en principio se cultivan plantas y adicionalmente se utiliza como lugar de esparcimiento y sobre todo para hacer ejercicio. Lo que debía comparar era un parque ecológico con otro análogo. Va a ver el parque ecológico de Xochimilco y me lo propone como objeto más viable para equiparlo con el de Loreto y Peña Pobre. Se plantea así estudiar dos parques definidos por el enfoque ecológico, pero

en un caso orientado según una lógica comercial, y en el otro más según la lógica del bien público, o de bajo costo, abierto a todo tipo de frequentadores. Armando empezó con la problemática de las artesanías y el estudio de la adecuación a los gustos “modernos” por parte de los fabricantes de muebles tradicionales mexicanos en el mercado Vasco de Quiroga. Durante la primera etapa de campo se interesa por la procedencia de algunos de los trabajadores del mercado y descubre que muchos de ellos vienen de un mismo pueblo, además de ser parientes unos de otros. Decide trabajar sobre la migración del campo a la ciudad, porque considera que es un tema relevante sobre el cual no se ha hecho mucho en los últimos años, pues lo que está de moda es el caso de los migrantes llamados transnacionales. Martha tenía un tema muy general al comienzo en torno a la presencia de la multiculturalidad en los centros comerciales. Al frecuentar el centro comercial Gran Sur decidió abocarse a estudiar el tema *fast food* y las diferentes ofertas de comida “exótica”, y a comparar las áreas de comida rápida en un centro comercial grande como Gran Sur y uno periférico, pequeño y de alcance regional como es la Plaza Chalco (que además tenía la ventaja de estar más cerca de su casa). Se interesa por estudiar modalidades diferentes de consumir la comida y los significados culturales asociados a ellas. Hugo tenía al principio un interés por los jóvenes que frecuentan los centros comerciales; quería comparar a los güeritos de Perisur con los chavos del oriente del área metropolitana. Luego se apasiona observando lo que sucede en el transporte público, y muestra una habilidad especial en describir las microtácticas corporales y los conflictos para ganar espacio en el pesero o en el autobús. Poco a poco surge la idea de comparar varios espacios públicos a lo largo del recorrido en transporte público de Ciudad Nezahualcóyotl hasta Perisur. Carlos se interesa desde el principio por las diferentes modalidades de consumo en Gran Sur, entre el *fashion mall*, por una parte, y el *service mall*, por la otra. Es evidente que el mundo de las mercancías lo fascina: es capaz de distinguir y recordar los precios de un mismo producto en muchos lugares diferentes. Su interés ha permanecido igual, pero ha tenido que acotar sus lugares de investigación, puesto que en Costco fue imposible obtener el permiso para llevar a cabo una encuesta.

Acepté estos cambios de tema con la salvedad de que desembocaran en proyectos más viables y coherentes que los anteriores, y siempre y cuando estuviera a mi alcance asesorarlos. Sin embargo, hubiera sido mejor insistir para que todos los trabajos tuvieran un fondo común, porque asesorar tres temas que poco o nada tenían que ver con la problemática general complicó la dinámica de grupo y no permitió realizar al cien

por ciento lo que yo tenía previsto en cuanto al funcionamiento del seminario de investigación, es decir, que cada quien pudiera aprovechar el trabajo de todos los demás para de esa forma multiplicar el rendimiento del conjunto. No obstante, prevaleció el criterio del interés personal del alumno sobre el del grupo, porque no hay nada peor que hacer algo que no se quiere, y hacerlo a regañadientes.

Regresar al campo después de una pausa permitió ver más cosas de las que se avistaron en la primera, y se pudo redondear y precisar el problema y las hipótesis. Además, siendo el conocimiento antropológico un saber construido a partir de una relación humana, se necesita cierto tiempo para que esta relación se construya, cobre vida y adquiera cierta consistencia. Esto explica el por qué a menudo las segundas etapas son más fructíferas que las primeras. Aun cuando la primera etapa se acomete con ideas claras e hipótesis razonablemente bien planteadas, en la segunda las cosas funcionan mejor porque la relación con nuestros interlocutores ya no es incipiente, se basa en una mayor confianza y, por ende, permite una mayor posibilidad de penetración en el medio sociocultural por investigar.

Algunas reflexiones finales

Por mucho tiempo se ha considerado al trabajo de campo como algo consustancial a la práctica de la antropología, pero esto no quiere decir que todos lo hagamos de la misma manera. Estudiantes brillantes en el aula pueden resultar ser etnógrafos tímidos y temerosos, lentos en insertarse en los lugares y en apasionarse por un tema. Otros, que habían sido estudiantes menos atentos en el trabajo de aprendizaje en el aula, a la hora de hacer campo se revelaron sorprendentemente más vivaces de lo esperado, capaces de abrirse camino y moverse por sí solos, gustosos en compartir sus descubrimientos con el grupo. Para algunos de ellos, el trabajo de campo ha sido la experiencia a partir de la cual han pensado en convertirse en investigadores profesionales. Para otros, el campo puede ser la experiencia a partir de la cual escojan no seguir haciendo investigación empírica. Sin querer caer en el estereotipo del campo como rito de paso mediante el cual uno se forja como antropólogo, sí hay que subrayar el peso determinante que puede tener esta experiencia en cuanto a decidir seguir o no cierta carrera.

Este proyecto de trabajo de campo estuvo condicionado por el estado de necesidad de los estudiantes y por la escasez de recursos propia de la universidad pública, condiciones que hicieron que ninguno pudiera dedicarse a la investigación de tiempo completo. Esto

no les impidió llevar a cabo el trabajo, pero algunos de ellos sienten que lo hubieran querido hacer mejor. Incluso con estos límites, el trabajo en grupo tiene enormes ventajas en la medida en que permite abordar, desde diferentes ángulos, una misma problemática. Así, la interpretación de los materiales se vuelve un proceso polifónico, en el que se confrontan puntos de vista diferentes, que es posible hacer dialogar: el del docente, el de los estudiantes y el de los interlocutores, cuyos discursos sobre la ciudad están impregnados de diferentes representaciones e imaginarios.²⁵ La interpretación debe también situarse en un punto de intersección ideal entre los discursos y las prácticas, para reubicar a ambos dentro del marco situacional que los vio generarse. De esa forma se evita la falacia de considerar a los materiales discursivos producidos como si fueran mero texto, y se los sitúa en los contextos donde surgieron y de donde emana su significado (Althabe, 1990).

Para terminar, quisiera resaltar la importancia de la relación pedagógica vinculada con la investigación en el terreno, como una herramienta imprescindible en la trasmisión del saber antropológico en cuanto *habitus* que necesita ser aprehendido mediante la práctica –el hacer y el ver hacer– y no sólo mediante la transmisión de información teórica. El énfasis sobre la adquisición de un *habitus* trae consigo reconocer la importancia del tiempo como un factor indispensable para permitir la acumulación de experiencias y la asimilación de las mismas en tanto base indispensable de dicho *habitus*. Esto no quiere decir que la investigación antropológica requiera a fuerza de tiempos dilatados. Una vez que se haya aprendido cómo se hace, se puede hacer investigación en tiempos relativamente breves. Pero para *aprender* a investigar se necesita de tiempos razonablemente largos y, sobre todo, de etapas intermedias (o pausas) en las que sea posible asimilar y *elaborar* la experiencia y la información recogida.

Actualmente los estudiantes del proyecto se encuentran redactando sus trabajos terminales. Algunos ya han entregado un borrador completo (o casi completo) en el que se refleja no sólo la información recogida, sino el complejo proceso por el cual se pasó para llegar a definir y abordar un objeto a partir de preguntas teóricas delimitadas y de situaciones empíricas concretas. Además, en la exposición de su investigación y en la elaboración de los trabajos finales todos los alumnos –en mayor o menor medida– han demostrado ser cons-

cientes de la especificidad de su propia posición frente al objeto investigado. En todo caso la reflexividad sirvió para controlar en una medida más que satisfactoria la ansiedad que es consustancial a toda relación con el objeto de estudio, cuando este objeto es encarnado por seres humanos como nosotros mismos (Devereux, 1977). Sin embargo, la adopción de una postura reflexiva puede realizarse a niveles de conciencia diferentes, que permiten una menor o mayor profundización en el autoanálisis. Lo mismo vale para este ensayo. Sé que he limitado mi reflexión sólo a ciertos aspectos de la experiencia, tal vez a aquellos que me parecen más pertinentes para compartir con los colegas antropólogos, en aras de promover una reflexión sobre el *modus operandi* y las condiciones de posibilidad del trabajo de campo en la Ciudad de México. Existen sin duda otros aspectos, relativos a la dinámica grupal, al funcionamiento académico y a la relación pedagógica, que no se mencionan aquí y que podrán ser objeto de otro ensayo.

Bibliografía

- ALTHABE, GÉRARD
 1969 *Opression et liberation dans l'imaginaire*, Maspero, París.
 1990 "Ethnologie du contemporaine et enquete de terrain", en *Terrain*, núm. 14 [versión en castellano en *Alteridades*, núm. 25, enero-junio de 2003].
- ALTHABE, GÉRARD, Y MONIQUE SÉLIM
 1998 *Démarches ethnologiques au present*, Maspero, París.
- ALTHABE, GÉRARD, BERNARD LÉGÉ Y MONIQUE SÉLIM
 1984 *Urbanisme et rehabilitation symbolique*, Anthropos, París.
- AUGÉ, MARC
 1995 *Los "no lugares", espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona [1992].
- BANTON, MICHAEL, ED.
 1966 *The Social Anthropology of Complex Societies*, Tavistock (ASA Monographs, núm. 4), Londres.
- BAUMAN, ZYGMUNT
 1999 *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BIDET, JACQUES, ED.
 1996 *Autour de Pierre Bourdieu, Actuel Marx*, 20, n.m., Presses Universitaires de France, París.
- BOURDIEU, PIERRE
 1975 "La spécificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison", en *Sociologie et sociétés*, vol. 7, núm. 1, pp. 91-118.

²⁵ Las diferencias entre nosotros quedan ejemplificadas con el siguiente episodio. Cuando fuimos juntos a observar el puente peatonal entre Periférico y Perisur, viéndome tomar fotos Edgar y Hugo, me dijeron con tono de burla que me veía "como turista", ante lo cual manifesté –en el mismo tono de broma– mi más profunda decepción, puesto que llevo en México ya muchos años y esperarí por lo tanto poderme confundir con la población que habita la ciudad.

- 1976 "Le champ scientifique", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núms. 2-3, pp. 88-104.
- 1979 *La distinction. Critique social du jugement*, Minuit, París [traducción en español *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid].
- 1999 *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- 2001 *Science de la science et réflexivité, Raisons d'agir*, París.
- BOURDIEU, PIERRE, Y LOIC WACQUANT
1995 *Respuestas*, Grijalbo, México.
- BOURDIEU, P., J. C. CHAMBOREDON Y J. C. PASSERON
1968 *Le Métier de Sociologue*, Mouton-Bordas, París.
- CASTELLS, MANUEL
1999 *La era de la información. La sociedad red*, t. 1, Siglo XXI editores, México.
- CLIFFORD, JAMES
1996 "Sobre la autoridad etnográfica", en Carlos Reynoso, *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, Barcelona [1988].
- 1999 *Itinerarios transculturales*, Gedisa, Barcelona.
- COPANS, JEAN
1998 *L'enquête ethnologique de terrain*, Nathan Université, París.
- CORNEJO, INÉS
2000 *Plaza Universidad: ¿"Estar" en un centro comercial es una manera de "hacer" ciudad*, en Abilio Vergara, Miguel Ángel Aguilar y Amparo Sevilla, *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa-Porrúa, México.
- DEVEREUX, GEORGE
1977 *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI editores, Madrid [1967].
- FABIETTI, UGO, Y FRANCESCO REMOTTI
1997 *Dizionario di antropología*, Garzanti, Milán.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR
1994 "La desintegración de la Ciudad de México y el debate sobre culturas urbanas", en *De lo local a lo global*, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México.
- GEERTZ, CLIFORD
1996 "Géneros confusos. La reconfiguración del pensamiento social", en Carlos Reynoso, ed., *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, Barcelona.
- GIGLIA, ANGELA
1995 "Una contribución a la reflexión sobre los problemas de la antropología del mundo contemporáneo", en *Cuicuilco*, vol. 2, núm. 5, septiembre-diciembre, pp. 129-148.
- 2000 *Terremoto y reconstrucción*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Plaza y Valdés, México.
- 2001 *Memorándum del proyecto de trabajo de campo*, enero, mimeo.
- 2001a "Sociabilidad y megaciudades", en *Estudios Sociológicos*, septiembre-diciembre, El Colegio de México, México.
- 2001b "Los espacios residenciales cerrados. El caso de la Villa Olímpica", en María Ana Portal, coord., *Vivir la diversidad. Identidad y cultura en dos contextos urbanos de México*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México.
- HAMMERSLEY MARTYN, Y PAUL ATKINSON
1994 *Etnografía. Métodos de investigación*, Paidós, Barcelona, Buenos Aires y México.
- JACKSON, JEAN
2000 "Trabajo de campo", en Thomas Barfiel, ed., *Diccionario de Antropología*, Siglo XXI editores, México, pp. 516-518.
- JOSEPH, ISAAC
1988 *El transeúnte y el espacio urbano*, Gedisa, Barcelona.
- KILANI, M.
1994 *Antropología. Una introduzione*, Dedalo, Bari.
- KUPER, ADAM
2001 *Cultura. La versión de los antropólogos*, Paidós.
- LAHIRE, BERNARD, ED.
1999 *Le travail sociologique de Pierre Bourdieu. Dettes et critiques*, La Decouverte, París.
- LAPLANTINE, FRANÇOISE
1996 *La description ethnographique*, Nathan Université, París.
- LE WITA, BEATRIZ
1988 *Ni vue ni connue. Une approche ethnographique de la culture bourgeoise*, Maison des Sciences de L'Homme, París.
- MARCUS, GEORGE E.
2001 "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal", en *Alteridades*, año 11, núm. 22, julio-diciembre, pp. 111-127.
- MARCUS, GEORGE E., Y M. M. J. FISCHER
1986 *Anthropology as Cultural Critic*, The University of Chicago Press, Chicago.
- PARNREITER, CHRISTOF
1998 "La Ciudad de México: ¿una ciudad global?", en *Anuario de estudios urbanos*, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.
- RAMÍREZ KURI, PATRICIA
1998 *Coyoacán y los escenarios de la modernidad*, en Néstor García Canclini, coord., *Cultura y comunicación en la Ciudad de México*, Grijalbo-Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- REYNOSO, CARLOS
2000 *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*, Gedisa, Barcelona.
- REYNOSO, CARLOS, ED.
1996 *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, Barcelona.
- SIGNORELLI, AMALIA
2001 *Repensar lo público desde la ciudad*, ponencia presentada en el Coloquio Reabrir espacios públicos, Universidad Autónoma Metropolitana-Fundación Rockefeller, septiembre.
- TARRÉS, MARÍA LUISA, COORD.
2001 *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, Porrúa-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-El Colegio de México.
- VELASCO, Y ÁNGEL DÍAZ DE RADA
1997 *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*, Trotta, Madrid.
- WACQUANT, LOIC
1995 "Introducción", en P. Bourdieu y L. Wacquant, *Respuestas*, Grijalbo, México, pp. 15-38.
- WIEWIORKA, MICHEL, ED.
1996 *Une Société fragmentée. Le multiculturalisme en débat*, La Decouverte, París.